

—¡Pobrecillos! La miseria los hace malos; si lo pasaran bien, no serían trapaceros; hagamos que lo pasen menos mal para que sean mejores.

El Corregidor era, pues, un filósofo de corazón, pero un filósofo ignorado, reconcentrado en sí mismo, absorbiendo las penas de todos y cuidándose muy poco de sus propias penas.

Uno de los sentimientos que más excitados están en D. Julián era el amor. La belleza de la mujer le atraía, le embriagaba, le hacían soñar de continuo en no sabemos que ángel sobrehumano, porque él idealizaba todo lo que sentía; pero jamás había revelado su amor a ninguna mujer. ¿Y para qué? Era demasiado caballero y demasiado cristiano para concebir siquiera la idea de la corrupción de una joven o la adulteración de una familia. Podía haberse casado, pero siempre se había dicho:

—Yo tengo ya una familia: mi familia son los pobres; yo no puedo perjudicar a mi familia creándome otra. Si yo me casara, desheredaría en un plazo más o menos largo o la familia que tengo ya, porque sabe Dios si mis hijos serían para los pobres lo que yo he sido, y yo no podría contrariar las leyes, desheredando o mis hijos o fin de que mis bienes continuasen en manos de los pobres.

La primera vez que el Corregidor hizo este razonamiento se le ocurrió, naturalmente, que aunque no se casase, y que por consecuencia no tuviese hijos legítimos, sus bienes, que eran en su totalidad vinculados, debían pasar o su muerte a su pariente en mejor derecho.

D. Julián se alegró de haber contraído una pasión por una mujer, puesto que esta pasión le había hecho pensar en un matrimonio y en sus consecuencias. Su sacrificio permaneciendo soltero por no tener hijos que le heredaran era inútil si sus bienes continuaban vinculados, porque no podían salir de la familia, por lejanos que fuesen sus parientes.

Escribió, pues, a su tío, que tanta influencia tenía en la Corte, una carta que era un expediente, a juzgar por lo voluminosa, manifestándole las razones que tenía para solicitar del rey desvinculase sus bienes.

Y tales y tan extraordinarias eran las razones que apoyaba su solicitud, que su tío, que era hombre de mundo, después de reirse mucho, dijo para sí:

—Vamos: o este buen Julián está loco, o sabe que tiene algo de judío en la sangre, y a fuerza de caridad quiere limpiársela y abrirse de esta manera las puertas del cielo; yo no debía complacerle, porque soy su pariente más próximo, aunque lejano, y a la muerte de Julián, a mi familia vendría su mayorazgo. Pero ¿qué diablos me dan a mí ni me quitan, ni a mi familia, ciento cincuenta mil ducados más o menos de renta?

Hay que advertir que en el siglo XVII, por el gran valor de la moneda, ciento cincuenta mil ducados era una suma enormísima. El séxtuplo por lo menos de lo que en la actualidad representaría. Esto demuestra de una parte las inmensas riquezas del tío del Corregidor, puesto que miraba con indiferencia un aumento de renta para él y su primogénito de ciento cincuenta mil ducados.

Sirvió pronto y bien a su lejano sobrino, y el rey mandó cancelar, anular, reducir a la nada las cartas patentes de vinculación de los bienes de D. Julián Peralta, del hábito de Calatrava, Corregidor perpetuo y hereditario de la ciudad de Almagro.

Encontrándose, pues, libre su señoría, sin miedo de que un heredero suyo perjudicase a su buena familia de pobres, y se tragó, sin que nadie lo sintiese, uno y otro amor, manteniéndose célibe y puro en beneficio de sus desventurados.

Con estos antecedentes hemos dado a conocer el carácter y condiciones de nuestro hombre, cuyo nombre ha llegado a ser conocido de todo el mundo, sin que nadie que sepamos haya conocido su historia, perdida en el tiempo, hasta nosotros, que nos hemos tomado el ímprobo trabajo de averiguarla, gracias a la colección de papelotes que por una casualidad han dado en nuestras manos y que nos sirven de luz y guía para confeccionar esta historia.

El alguacil y el hortelano procuraban por cuantos medios les era posible evitar al Corregidor sus fáciles disgustos, porque sabían bien que cada disgusto, por pequeño que fuese, era para el Corregidor una enfermedad; y tal podía ser, que ya harto cansado y cascado, puesto que contaba ya sus cincuenta años, el Corregidor sucumbiese un día a causa de la noticia de cualquier suceso desgraciado.

Se engañaban acerca de esto, porque su organización se había acostumbrado al sufrimiento y se había hecho fuerte y elástica como un muelle de acero: cedía, se doblaba, pero no se rompía.

Así es que cuando, al dar las dos de la madrugada, el hombre que había ido a escape desde la aldea a Almagro, llamó a la puerta del Corregidor, Crisóstomo, que velaba arreglando una larga cuenta de dinero invertido en obras de caridad y utilidad pública que debía presentar al día siguiente a su amo, se asomó a la lucana de su buhardilla en cuanto oyó la primera aldabada que resonó en la puerta, y dijo con la voz contenida, pero bastante fuerte para que el que llamaba le oyese:

—¡Eh, con mil demonios, idos; no llaméis más, no despertéis a su señoría, que está enfermo!

Esto era verdad, puesto que el Corregidor se había acostado aquella noche con una jaqueca terrible: mal de mujer; pero como quiera que el Corregidor tenía la sensibilidad tan exquisita como la de la mujer más delicada, padecía con frecuencia de jaqueca; por esta razón, y no sin gran contrariedad por su parte, no había salido aquella noche de ronda, cómo de costumbre, para velar por el buen orden de la ciudad, que, como buena manchega, era inquieta y ocasionada a riñas, homicidios y desórdenes. Pero el Corregidor la tenía en un puño con su incansable actividad y con su rigidez incontestable.

—Pues, cabalmente— contestó el hombre de la aldea con acento incivil, ronco y desvergon-